

CONTENIDO

CAPÍTULO 18

INDICE GENERAL

1º PARTE

CONFERENCIA DEL 27 DE ENERO DE 1910

- | | | |
|----|------------------------------------|-----|
| 1. | Discurso del Dr. Carlos A. Estrada | 522 |
| 2. | Discurso del Dr. Sylla Monsegur | 528 |
| 3. | Discurso del Dr. J. Ubaldo Romero | 537 |

CAPÍTULO 19

situación política de la República. La verdad tarda á veces en llegar, pero llega siempre, disipando con su diáfana luz las tinieblas del error.

No podrán nuestros adversarios seguir mistificando por más tiempo á la opinión pública. El nombre de Sáenz Peña es aclamado por todo el ámbito del país, desde la Quiaca á Patagones, desde los Andes al Plata y al Atlántico. Los comicios de Marzo consagrarán entre dianas de victoria nuestro triunfo, que no será sólo el de un partido político, pues será el triunfo del país entero.

DISCURSO DEL DOCTOR CARLOS A. ESTRADA

La actual contienda se caracteriza, de parte de nuestros adversarios, por su absoluta esterilidad de ideas. Ni un argumento contra el programa de nuestro candidato, ni un simple apunte denunciador de propósitos de oponer sus propias concepciones á las estampadas en aquel notable documento. Nosotros nos presentamos en el escenario con una fórmula integrada con dos notables estadistas y con propósitos netamente definidos en cuanto atañe á las conveniencias y necesidades públicas en todos los órdenes de la

vida nacional. En cambio, ellos sólo acierrtan á esgrimir la diatriba y á amenazar con la revolución... ¿Y cuándo, señores?... Justamente en 1910, en el centenario de la grande, de la fecunda, de la gloriosa...! ;Un pronunciamiento para conmemorar el 25 de Mayo en su aniversario secular... Permitidme una franqueza... Hemos conquistado el desierto, pero Catriel ha hecho irrupción en la primera ciudad de la América latina!

Y os diré el motivo de ese encrespamiento furibundo. Después del 90 se abrazaron tirios y troyanos y fundaron la política del acuerdo. Unos y otros se basaron en el convencimiento de que en la República Argentina no había troyanos ni tirios y, por consiguiente, se consideraron con derecho á la satrapía del país. Pero ahora les resulta el gran desengaño, pues la enorme mayoría ni es helena ni es pelasga, y como no pueden adueñarse del gobierno, ponen el grito en el cielo y se desesperan enfurecidos con estruendo de borrasca. ;Pero no os alarméis! El choque de la pasión contra la impotencia produce siempre rugidos de tempestad.

Los ruídos ya no asustan á nadie. Ha pasado el tiempo de los duendes y hasta los niños se ríen del “cuco”, sobre todo si viste á la moderna y luce un gran vientre repleto, por haber digerido exquisitos manjares oficiales durante varios lustros. Estos “cucos”, á base de pepsina, son los menos temibles de

todos y sirven para demostrar cómo la competencia no proviene siempre del cerebro, y cómo suele ser á veces una simple cuestión de buche.

Y hoy como ayer, nos encontramos frente á frente de un adversario sin ideas positivas de gobierno, especie de labriego, armado de rústica honda para arrojar dícterios á guisa de piedras. Decidido como está á combatir cual en las edades prehistóricas, nos obliga á retrogradar en orden á nuestro progreso. Limitémonos, pues, á recoger sus proyectiles, es decir, sus guijarros.

Han argumentado hasta el cansancio porque no hemos acudido á una convención para elegir nuestros candidatos, sobre todo á la vicepresidencia. Este procedimiento es el único inmejorable; soy el primero en reconocerlo. Pero él es posible en partidos de larga vida, con un organismo definitivamente constituido, pero no en los de reciente formación, como el nuestro, y cuando los sucesos nos atropellaban, exigiendo soluciones rápidas y definitivas. La fuerza de las cosas y la filosofía de la necesidad debían predominar y predominaron. Posiblemente, por eso mismo, la candidatura del distinguido ciudadano doctor Udaondo fué proclamada en dos habitaciones de la calle Carlos Pellegrini, por un grupo no muy numeroso de amigos metropolitanos, y hemos respetado su origen, sin cuidarnos mucho del claustro materno donde se incubara, y sin pretender jugar á la “gallina

todos y sirven para demostrar cómo la competencia no proviene siempre del cerebro, y cómo suele ser á veces una simple cuestión de buche.

Y hoy como ayer, nos encontramos frente á frente de un adversario sin ideas positivas de gobierno, especie de labriego, armado de rústica honda para arrojar dícterios á guisa de piedras. Decidido como está á combatir cual en las edades prehistóricas, nos obliga á retrogradar en orden á nuestro progreso. Limitémonos, pues, á recoger sus proyectiles, es decir, sus guijarros.

Han argumentado hasta el cansancio porque no hemos acudido á una convención para elegir nuestros candidatos, sobre todo á la vicepresidencia. Este procedimiento es el único inmejorable; soy el primero en reconocerlo. Pero él es posible en partidos de larga vida, con un organismo definitivamente constituido, pero no en los de reciente formación, como el nuestro, y cuando los sucesos nos atropellaban, exigiendo soluciones rápidas y definitivas. La fuerza de las cosas y la filosofía de la necesidad debían predominar y predominaron. Posiblemente, por eso mismo, la candidatura del distinguido ciudadano doctor Udaondo fué proclamada en dos habitaciones de la calle Carlos Pellegrini, por un grupo no muy numeroso de amigos metropolitanos, y hemos respetado su origen, sin cuidarnos mucho del claustro materno donde se incubara, y sin pretender jugar á la “gallina

ciega", para acertar con el destinado á concebir la candidatura de la vicepresidencia de la actual Unión Cívica.

A pesar de ser tan partidarios de las convenciones, no las creo infalibles. La más notable de todas, la del Rosario, ungió á dos grandes ciudadanos como candidatos á la Presidencia y Vice de la República. Y vosotros conocéis sus resultados. Una parte de la Unión Cívica de entonces, la minoría, se abrazó con el general Roca, para combatir á la mayoría; levantóse contra lo resuelto por la convención y fundó el acuerdo con su enemigo tradicional para volver sus armas contra compañeros de lucha, de ideas y de aspiraciones, es decir, produjo su fracaso.

En cambio os pido me señaléis cuándo y dónde se reunió la convención que puso en brazos del sufragio el nombre venerable del general Mitre y el de su amigo el patrício Marcos Paz.

La candidatura de su sucesor, el más brillante y múltiple ingenio sudamericano, nació bajo las carpas del ejército victorioso del Paraguay, y no la proclamó convención alguna. Y hablo de Sarmiento, señores, infiltrado hasta la médula del espíritu de las instituciones norteamericanas. Y Adolfo Alsina, su compañero en la fórmula, surgió de las exigencias del momento y del corazón de sus partidarios, y nadie se atreverá á negarle su título de primer demócrata entre nuestros caudillos antirrevolucionarios.

Tampoco una convención previa permitió á la República tener al frente de sus destinos el ático espíritu y la suave fortaleza de Nicolás Avellaneda, y como su Vice, á Mariano Acosta, acabado exponente de honestidad de las viejas familias porteñas.

En fin, señores, sólo una convención partidaria ha hecho Presidente y Vice de la República. Sus candidatos fueron el general Roca y el doctor Quirno Costa. Y el general Roca ha sido precisamente después de realizada la unión nacional, el más ilustre enemigo de la democracia argentina!

¿A dónde nos lleva la pasión política? Ya no existen, felizmente, los caudillos, cuyos rencores chispeaban las puntas de sus lanzas, pero en cambio se esgrime la pluma y la palabra impregnadas de injusticia y de mentira. Jamás ellos se hubieran atrevido á interpretar el triunfo de la confraternidad americana y el abrazo definitivo con nuestra natural amiga y aliada la República Oriental del Uruguay, no como una prueba de la irresistible lógica de la historia, sino como una demostración de que la candidatura del doctor Sáenz Peña es una candidatura oficial! Mientras nuestros hermanos los uruguayos honraban el nombre argentino al aclamar entusiastas á nuestro gobierno y á Sáenz Peña, órganos importantes de la prensa bonaerense, olvidando tradiciones gloriosas, pretendían ennegrecer el brillo de un gran triunfo de la paz para convertirlo en hollín y arrojarlo á

puñados sobre su candidatura popular á la Presidencia de la República.

¡Desgraciados los pueblos, señores, en que los intereses más ó menos mezquinos de la política interna se sobreponen á las grandes soluciones de la diplomacia, íntimamente relacionadas con el honor y la seguridad de la patria! Pero no temáis. Ningún esfuerzo podrá apagar las dianas jubilosas de esta nueva Ituzaingó incruenta, en que todos son vencedores. El “pueblo corredentor, puente del Ande”, como nos llamara el poeta de la otra orilla en su canto inmortal, recobra su posición en la historia, y si antes fué “puente del Ande”, para afianzar la independencia sudamericana, de hoy más lo será del Río de la Plata, para que las dos naciones bañadas por sus aguas sientan palpitar una sola alma al confundirse en el mismo sentimiento de eterna amistad, y en la mutua promesa de perpetuo apoyo, sean cuales fueren los azares del porvenir!

Y antes de terminar, permitidme un recuerdo. La Unión Nacional, deseando demostrar con hechos y no con palabras su patriótico anhelo de conseguir un padrón de verdad, sin un inscripto falso, dirigió una nota á la Unión Cívica, de cuya redacción cúpome el honor de ser encargado, en la cual le pedía su colaboración para solicitar del Poder Ejecutivo las medidas tendientes á garantizar la pureza de los registros electorales. Vosotros conocéis el resultado. La honda pre-

histórica nos arrojó una respuesta despreciativa, y mano muy experta, la contestó, con fusil de precisión y á distancia, á la cual no llegan los instrumentos mortíferos de las épocas cuaternarias. Hasta ahora esperábamos el guijarrillo de su respuesta, cuando hete aquí que en cambio el país entero se siente conmovido por el estallido de la bomba de asafétida de Vélez Sársfield. Nadie, señores, en la larga tradición de fraudes y chanchullos electorales, se había atrevido á falsificar las firmas de los jueces!...

¡No como nosotros les pedíamos, sino con un delito han festejado el centenario algunos hombres de la Unión Cívica!

Y ahora, ¡oh adversarios!, seguid gritando: ¡Viva la revolución, porque es necesario salvar la moral!...

He dicho.

DISCURSO DEL DOCTOR SYLLA MONSEGUR

Señores:

Cuantas hermosas oraciones patrióticas habéis escuchado desde la iniciación de nuestra campaña política, cuantos los que han ocupado la tribuna para haceros partícipes de sus nobles y legítimos entusias-

mos y en estos templos de la democracia en que se rinde culto á la patria, miles y miles de creyentes vienen á escuchar la prédica partidista, consolidándose así sus creencias, conservando la fe en la causa, la perseverancia en la lucha y la esperanza en el triunfo.

Este ambiente saturado de incienso cívico, los acordes armoniosos del himno que saludan nuestras asambleas, vosotros, dignos ciudadanos que de pie y con recogimiento lo escucháis, esos labios fervorosos que se entreabren para entonar la plegaria de la patria, todo esto llena de beatitud nuestras almas y en estos momentos solemnes, al tener que llevar á vuestro ánimo palabras de aliento é infundiros confianza y decisión en esta lucha política, una fuerza superior nos incita sugiriéndonos las razones que vamos á exponer con las que confortaremos vuestro espíritu ciudadano.

Al estudiar nuestra situación política actual, al analizar los partidos que aspiran con justo título ó no, á disputar el predominio en la dirección del Estado, al observar esos exponentes de la opinión pública, con un criterio imparcial, libre de prejuicios partidistas, con la mente y el espíritu sereno, forzoso es dejar constancia, desde luego, de que las aspiraciones patrióticas que los animan y los fines que determinan su existencia, son diametralmente opuestos, así como lo son el vicio y la virtud.

Vemos á una agrupación que titulándose heredera de los principios que originaron el viejo partido popular de tendencias radicales cuya existencia quizás fuera necesaria en aquella época, en cuyas filas actuaron ciudadanos patriotas y de reconocido civismo; vemos, digo, á un núcleo de hombres deseosos de mantenerlo, exteriorizando en sus manifestaciones callejeras la importancia de las fuerzas que siguen su credo, autorizando á sus adversarios á proclamar que son los menos en cantidad y los más insignificantes en calidad. Que ese pretendido exponente de la opinión opositora de la capital no es tal, legítimamente, pues no puede considerarse seriamente representada por un grupo de juventud sugestionada por la virilidad de una arenga y la tendencia que siempre se tiene al cruzar los dinteles de la vida, de cooperar á la demolición de lo existente para recordar más tarde cuando la serenidad de juicio domina esas turbulencias: las calaveradas políticas de los primeros años.

Los partidos políticos no se forman únicamente con la masa del pueblo que obedece á sugerencias tan diversas: son soldados que necesitan jefes, capitanes de la idea, generales del pensamiento.

Las funciones del gobierno son complejas, el hombre estudiioso y preparado, muchas veces no puede salir airosos; con mayor razón debemos dudar de aquellos que no poseen otros títulos que sus ambiciones patrióticas.

Para ser gobernante no es suficiente ser honesto y tener buena voluntad; es necesario agregarle á esas cualidades otras más superiores: es indispensable el talento, la inteligencia, el criterio sano y el juicio sereno. La carencia en una agrupación política, de intelectualidades reconocidas, viene lógicamente á eliminarla de la clasificación de partido de gobierno.

El partido radical, reducido hoy por la separación del elemento intelectual que no debe aceptar personalismos y que no quiso admitir la tiranía de una mediocridad, nunca ha exteriorizado un pensamiento de gobierno y en las múltiples cuestiones fundamentales que han estado á estudio de nuestros hombres de Estado, ya sean económicas, internacionales, sociológicas, esa fracción política que rehusa el poder si no es en su totalidad, nunca colectivamente ha dado publicidad á sus ideas, ni ha hecho conocer de acuerdo con su programa de partido la mejor manera de resolver esos problemas de orden nacional, que afectaban algo más que á una minoría intransigente desde que interesaba al pueblo todo de la República, á su existencia, su seguridad y tranquilidad.

Esos eternos conspiradores que se agitan en las tinieblas, que viven preparando movimientos subversivos con un criterio original, no haciendo cuestión de hombres ni de gobiernos y sí de momento; esos profesionales de la intransigencia, cuyo aparente patriotismo desinteresado les hace repudiar toda parti-

cipación en los puestos gubernativos, nos presenta una interrogante: ¿la nebulosa de sus acciones no habrá afectado sus cerebros? ¿no constituirá un medio de vida eso de no aceptar parcialmente cargos en la dirección del Estado? Me atrevo á dudar de estas actitudes, pues comprendo que esas funciones requieren algo más que una facilidad de oratoria virulenta: se necesita reflexión, pensamiento, ideas, conciencia de su misión.

No es un partido de gobierno aquel cuya razón de ser obedece á un solo propósito: el de conspirar contra las instituciones del país, que no contribuye á remediar las malas prácticas si existen, aportando su *grano de arena* á la obra común. Si es un poder la prensa con su labor analítica y de crítica, es también una fuerza que no puede despreciarse: una fracción política que aun siendo minoría, puede tener ideas, aconsejar temperamentos, dignos de considerarse y si la oposición es necesaria para servir de contrapeso á la acción de los gobiernos, ¿por qué entonces no desempeña el rol que le indican sus similares en todos los pueblos civilizados? ¿Por qué á la luz del día con la nobleza de las acciones y el patriotismo de sus ideales, no ejerce su control sano y juicioso, ofreciendo la lucha en las ideas y no fraguando planes en todos los momentos de su vida política, para hacerlos prácticos, una vez destruídos los hogares, regada con sangre de hermanos nuestro suelo, sembrada la deso-

lación y la miseria en toda la República y rebajado el concepto universal de la Nación Argentina á la más ínfima expresión?

Estudiemos ahora á los nuevos regeneradores; á esos herederos de nadie y usurpadores de todo, unión de elementos heterogéneos, congregados aparentemente, que han cedido, para realizar esa amalgama, sus odios, reservándose sus sentimientos. Analicemos la acción avasalladora de esos revolucionarios de ocasión, tratemos de leer entre las líneas de sus discursos si realmente piensan lo que dicen, ó dicen lo que no piensan.

Es curioso observar cómo varían los criterios de apreciación de los actos gubernativos, según quienes son los llamados á subscribirlos; es doloroso constatar que las pasiones personales ó enemistades de círculo, hagan desaparecer todo principio de lógica en los juicios de dichas acciones, hasta el extremo de tergiversar el fin de ellas con el único propósito de impresionar á la masa popular, desconfiada por principio, predisposta siempre á creer las afirmaciones de la diatriba, y aceptar como verdad consagrada las falsas aseveraciones proclamadas simplemente para producir efecto, y aprovecharse de su error.

Es verdaderamente triste tener que reconocer que aquellos que más obligados se hallan á realizar una oposición razonada, cuya actitud presente no se justifica, atribuyéndola á ofuscaciones de su poca expe-

riencia, ni tampoco como un “modus vivendi”, muchos de los cuales han sido años y años comensales del banquete político; otros, su mayor número, siempre recogieron algo de sus migajas; es lamentable, digo, verlos adoptar actitudes guerreras revistiéndose de energías, tratando en esa forma de ocultar con tal aparente armonía de ideales, las luchas internas y el fin mezquino que los ha unido, pues fuerza es declararlo desde que se está formando la conciencia pública al respecto. Se trata de una unión política con el solo propósito de obtener una representación en el Congreso Nacional, sin que otros problemas interesen su atención, justificándose esto, con una serie de detalles que sumándolos desvirtúan la importancia de un partido con pretensiones de fundamental.

Son tales detalles la falta de programa político, una fórmula que no se completa por no tener á quién colocar en el segundo término, un candidato cuya plataforma de gobierno no se conoce, cuyas aspiraciones escapan á todo análisis y por último, las tentativas de pactos transitorios con un solo objeto y un solo fin, reparto prudencial de candidaturas aunque los componentes de la lista sean antagónicos y las tendencias á que obedecen, doctrinariamente opuestas.

¿Puede en consecuencia considerarse á esa agrupación política heterogénea, de fuerzas que se repelen, un partido de gobierno? No. ¿Puede, acaso te-

nerse en cuenta un conjunto de ciudadanos que aún no han podido coordinar ideas y presentar un programa razonado, exteriorizando así sus propósitos y reconocerle condiciones para dirigir los destinos del país?

No: si mañana uno de esos accidentes ó caprichos de la política los pusiera en posesión de los cargos que tanto anhelan, ¿en qué forma podrían satisfacer la expectativa del pueblo? No es suficiente título presentar sus credenciales de hombre honrado, no es virtud el serlo cuando la fortuna ha sido generosa y lo ha colmado con todos sus dones, lo es sí para el pobre presentar su pasado sin tacha; el rico está obligado por ley de la naturaleza á ser honesto, es su deber emplear las fuerzas economizadas en la lucha material, en esa continua persecución del bienestar, utilizándolas para enriquecer su espíritu, consolidar su preparación y adquirir profundos conocimientos que lo habiliten para intervenir en la solución de los problemas más trascendentales de gobierno.

Señores: Queda en pie la Unión Nacional, en cuyo seno se halla congregada la opinión sana y conservadora del país, militando en sus filas ciudadanos que han dejado á la entrada su túnica partidista para formar parte de este gran conglomerado, haciendo entrega de todos sus ideales, con el único fin de contribuir á que nuestro país tenga un gobernante digno de tan gran República, propósitos que enno-

blecen sus decisiones, enalteciendo sus aspiraciones de patriota.

Queda en pie este notable conjunto de ciudadanos, muchos de los cuales tienen antecedentes de hombres de gobierno y que ya sean medianos ó buenos, á ellos se debe en gran parte la prosperidad de la República y la situación descollante que ocupa en el mundo civilizado; otros, los más, presentan un pasado sin tacha, de civismo y nobleza de sentimientos, y esa reunión de fuerzas que se completan ha dado lugar á la formación de este gran partido, cuyo primer acto público, cuya primera manifestación de vida ha permitido apreciar cómo comprende las funciones del Estado, cómo entiende que debe ser dirigida la República al designar á los doctores Roque Sáenz Peña y Victorino de la Plaza sus candidatos á la futura presidencia.

La bandera de la Unión Nacional flamea, agitada por las brisas de simpatía que nos llegan de todos los ámbitos de la República, y ese digno ciudadano que nos preside se yergue reuniendo todas sus energías para mostrar que ese símbolo de la paz y de la pureza, es la representación de los sentimientos que se anidan en nuestros pechos.

La Unión Nacional se impone: su triunfo lo es también del patriotismo, del talento; nunca fórmula tan completa se ha presentado, aspirando á dirigir los destinos del país; y cuando miro el pasado, se

me presenta la visión de aquellos grandes presidentes: Mitre, Sarmiento, Avellaneda, tendiendo sus brazos al noble argentino que hemos proclamado, satisfechos de verlo ocupar el cargo que ellos dignificaron con sus relevantes cualidades de estadistas.

He dicho.

DISCURSO DEL DOCTOR J. UBALDO ROMERO

Señores:

La juventud de la Unión Nacional afiliada al Comité de la Sección 14, ha querido discernirme el honor de su representación en esta hermosa asamblea del civismo, cuyo fin primordial sería poner una vez más de relieve las virtudes ciudadanas de nuestros candidatos y deciros en voz alta y bien timbrada, sin escrúpulos ni reatos, la expansión natural de nuestra propaganda sincera, exenta de enconos y ambiciones, y sí exornada desde ya por las sinfonías de magistral diana triunfadora, cuyas notas percibiremos armoniosas, en el supremo momento de la justa aspiración cumplida.

Se habla, señores, en estos momentos, de un resurgimiento á la vida cívica, de un despertar ciudadano

hacia el cumplimiento del deber, que exige y reclama el principio de la democracia; se habla también de una lucha futura, leal y franca, que sostendrán los partidos; y se habla, ¡oh, contradicción inexplicable! de aquel supremo recurso: la revolución, producto genuino de la impotencia, cuando no de la falta de coraje para soportar las consecuencias de la derrota alcanzada en buena lid.

La revolución, proclaman desde el comienzo de la lucha nuestros adversarios comunes, como si les fuera dado conocer por revelación misteriosa, el resultado futuro del comicio, asegurándose el fracaso y haciendo nacer por la fuerza de la imaginación en la mente, la idea del suicidio moral, como única compensación para la parte del pueblo que no logró en la hora magna, el premio de sus afanes democráticos.

Pero fuerza es reconocer, señores, que ello es el resultado natural que revela la exaltación de los ánimos en espíritus ausentes de aquellas grandes virtudes que en otrora imprimieron la acción y prepararon el triunfo de esclarecidos varones, de vieja estirpe, que dieron á esta tierra altiva y generosa, signos de heroicidad y de martirio.

Porque son la idea y el sentimiento que la genera, los exponentes genuinos del temperamento político de los hombres que han de perfilar la personalidad del estadista, capaz por su suficiencia de dirigir el destino de los pueblos y ser de los mismos, el legí-

timo representante de sus aspiraciones y sentimientos.

Es en la oposición donde se prueban los caracteres, soportando por el tiempo que fuere, la abstinencia del gobierno, porque es verdad siempre nueva, el famoso aforismo político, aplicable á todos los pueblos, de que el poder halaga y la oposición irrita; pero es también verdad, señores, que la democracia necesita, por razón de su naturaleza misma, la acción moderada é imprescindible de las oposiciones, como poder controlador, dando así debida satisfacción á la mitad menos uno de los electores, la mayoría, impuesta por la razón y aconsejada por los principios ordenadores de la especie política de gobierno que practicamos.

No existe entonces, en los preliminares de la lucha cívica á que asistimos por convicción y por deber, más que el síntoma revelador de temperamentos extremos, cuya acción presente estamos palpando, pero cuyo fin no nós es dado prever,— porque estas naturalezas extrañas, bien pueden mañana saborear con solicitud excelsa, el valor para nosotros significativo, del éxito repudiado de una rebelión.

El mérito de esas conmociones, de ese supremo derecho de los pueblos solamente se justifica, como bien lo sabéis, cuando ha logrado el fin por el triunfo del ideal político buscado.

Pero esas soluciones de hecho, sólo han servido entre nosotros, para aumentar en nuestras campañas, el número de huérfanos y de viudas del proletariado

campero, al borde de cuyos caminos desolados se ven tantas cruces olvidadas en torno de las cuales vagan sombras de almas inocentes y generosas, que claman justicia y que nos echan quizá la culpa de haberlas sacrificado estérilmente en holocausto á nuestra expansión.

Más que en la revolución que no edifica nada, se debe confiar en la evolución de la razón, que al fin se impone y que se impondrá á vosotros mismos, para que seáis lo que siempre debisteis ser: argentinos en la gran comunión del ideal de la Patria!

Pero es fuerza olvidar ya estas amargas reflexiones, sugeridas únicamente por el carácter con que se señala la acción de nuestros adversarios, para presentar á esta grandiosa asamblea los méritos culminantes de los eminentes ciudadanos proclamados por nuestro partido para la presidencia futura.

Dos personalidades capaces por sí solas de constituir la causa de seducción del pueblo que en buena hora, y para redención de los principios políticos, proclamó una asamblea democrática, condensando más tarde estos ideales comunes en la fórmula que compone los nombres de aquellos eminentes ciudadanos.

No es nuestro ánimo establecer términos de comparación entre los candidatos á la primera magistratura, pero sí debemos, en homenaje á los reiterados agravios inferidos por la oposición á la persona de

nuestro candidato, decir de él solamente una palabra suficiente por su significado político á destruir los prejuicios y ahogar en la garganta la voz injuriosa de los detractores: Sáenz Peña, estadista culminante, de estirpe caballeresca y corazón templado, es un varón consular predestinado por sus cualidades de estadista eximio y por la austeridad de sus principios políticos, á regir los destinos de este pueblo, en cuya alma colectiva tiene hondas raíces. Podrá tener sus defectos, pero, ¿quién no los tiene? Hasta el sol tiene sus manchas; pero en medio de las irradiaciones de fuego con que vivifica á la naturaleza, surge la majestad de su grandeza; y las manchas solares, apenas si viven del recuerdo que le rinden los aficionados á los secretos astronómicos.

Quizá su más grande merecimiento consistiera en tener los defectos de su pueblo, como tiene sus cualidades.

Ya véis, señores, cómo sin violencia alguna, el doctor Sáenz Peña merece el honor de nuestro apoyo sincero y entusiasta; cómo él mismo se impone necesariamente por sus dotes morales é intelectuales, por ser el exponente mayor de cultura política para sustentar desde el poder las aspiraciones de sus conciudadanos, é impulsar la marcha de la República hacia su porvenir grandioso.

El doctor Victorino de la Plaza, que completa la fórmula presidencial, por sus antecedentes como ges-

tor de los negocios públicos, por su larga labor, silenciosa pero fecunda, ha de realizar desde la eminencia del puesto á que será llevado por el voto de sus conciudadanos, la necesaria colaboración en pro de los altos intereses públicos.

Esta asamblea que me escucha está en su hora buena. Ha recibido el bautismo de la fe con que aliena su espíritu para las luchas comiciales y se adivina el gesto noble que hace nacer el entusiasmo por los grandes ideales, entusiasmo, señores, que ha menester de la consecuencia necesaria para alcanzar el triunfo, sin violencia, con apasionamiento juvenil, con la vehemencia propia de los sentimientos encontrados, con el fervor elocuente del que está abismado en la excelsa contemplación del astro que encarna sus ilusiones, soñando realizar el amor que palpita en la entraña secreta.
